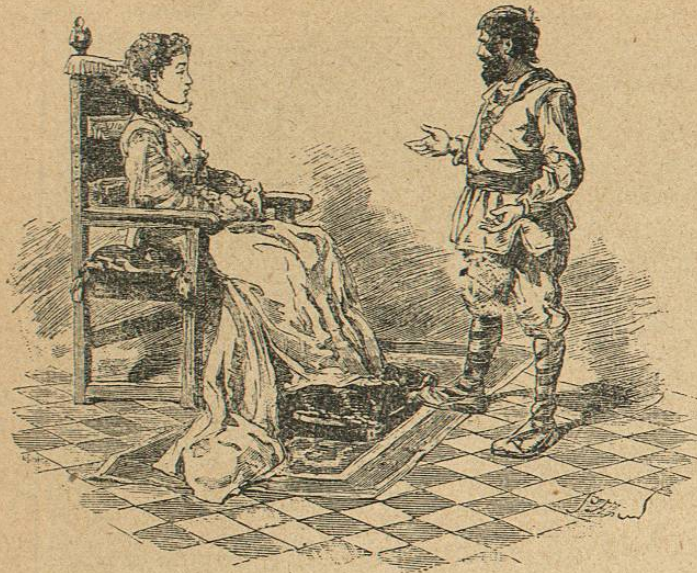


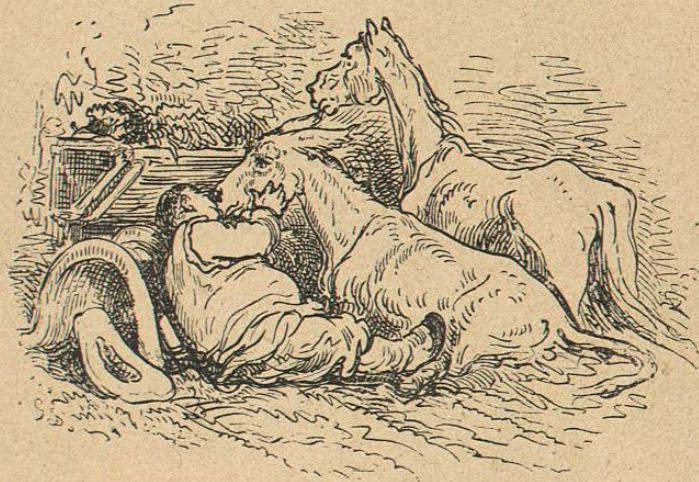
fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

—En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podría ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando



me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brindis de un amigo, qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razón? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto más que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo.

—Yo lo creo así, respondió la duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que después hablaremos más largo, y daremos orden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo



le besó las manos Sancho á la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbrera de sus ojos.

—¿Qué rucio es éste? preguntó la duquesa.

—Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser más propio y natural de las dueñas pensar en jumentos que autorizar las salas. ¡Oh, váleme Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo en mi lugar!

—Sería algún villano, dijo Doña Rodríguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido él las pusiera sobre el cuerno de la luna.

—Ahora bien, dijo la duquesa, no hay más, calle Doña Rodríguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

—En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consentiría yo como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentales y asininas se ha de ir con el compás en la mano y comedido término.

—Llévele, dijo la duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.

—No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla á Don Quijote que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.



CAPÍTULO XXXIV.

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro.

GRANDE era el gusto que recibían el duque y la duquesa de la conversación de Don Quijote y de la de Sancho Panza: y confirmando en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quijote ya les había contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que más la duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así habiendo dado orden á sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí á seis días le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.

Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quijote no se lo quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podía llevar consigo guardarrropas ni reposterías: Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el esperado día, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote, de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafreñ, aunque el duque no quería consentirlo; y finalmente llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el són de las bocinas.

Apeóse la duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el duque, y Don Quijote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algún desmán; y apenas habían sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí, eruyendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, abrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle Don Quijote: lo mismo hizo el duque con su venablo; pero á todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbaba.

Sólo Sancho, en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan cortó de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el

aire asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahínco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera.

Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y el rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó Don Quijote y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de victoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan suntuosa y tan grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la duquesa de su roto vestido, dijo:

—Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo: yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo que dice:

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.

—Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso.

—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á truco de un gusto, que parece que no le había de ser, pues consistió en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engañáis, Sancho, respondió el duque, el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estrategias, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tienes es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros

de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que, oh Sancho, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador ocupáos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento.

—Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaría el gobierno. Mía fe, señor, la caza y pasatiempos más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi conciencia ni hacen con mi conciencia.

—Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay grande trecho.

—Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas lleven pies, que no pies á tripas; quiero decir que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino póngame el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no.

—Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito,



dijo D. Quijote; y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traídos tan á sazón y tan á tiempo, cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querría escuchar.

—Los refranes de Sancho Panza, dijo la duquesa, puesto que son más que los del comendador griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados.

Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era la mitad del verano: pero un cierto claro oscuro que trujo consigo ayudó mucho á la intención de los duques, y así como comenzó á anochecer, un poco más adelante del crepúsculo, ó deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban.

La luz del fuego, el són de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lilelles al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pifaros, casi todos á un tiempo, tan continuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él el són confuso de tantos instrumentos.

Pasmóse el duque, suspendióse la duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un

postillón que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso són despedía.

—Hola, hermano correo, dijo el duque, ¿quién sois, adónde vais, y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrisona y desencantada:

—Yo soy el diablo, y voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo francés Montesinos á dar orden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

—Si vos fuéades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiéades conocido al tal caballero Don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante.

—En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidas los pensamientos, que de la principal á que venía se me olvidaba.

—Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en mi conciencia: ahora yo tengo para mí que aún en el mismo infierno

debe haber buena gente. Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote, dijo:

—A tí, el Caballero de los Leones (que entre las garras dellos te vea yo), me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darle la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fué sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote: en Sancho en ver que á despecho de la verdad querían que estuviese encantada Dulcinea: en Don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que había pasado en la cueva de Montesinos, y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo:

—Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote?

—¿Pues no? respondió él: aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniere á embestir todo el infierno.

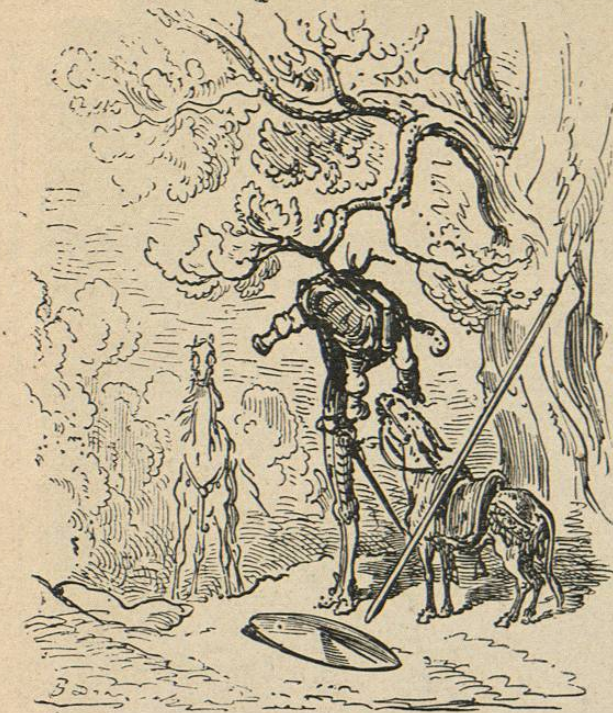
—Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como al pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes, dijo Sancho. En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren.

Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrido áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan.

Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecía verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro recuentros ó bata-

llas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lebilis agarenos.

Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el



temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un són tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran prisa mandó que le echasen agua en el rostro.

Hízose así, y él volvió en su acuerlo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábale cuatro pere-

zosos bueyes todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía.

Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz dijo:

—Yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar más palabra. Tras éste pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo:

—Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada:

—Yo soy Arcaus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante.

Poco desviados de allí hicieron alto esos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido, sino un són de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal; y así dijo á la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba:

—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la duquesa. A lo que replicó Sancho:

—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá, dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

